



JEAN HARLOW, WALTER BYRON, NATALIE MOORHEAD Y ERMAND KALIZ, EN UNA ESCENA DEL FILM SONORO «ABISMOS DE PASION», DE COLUMBIA PICTURES



EL EJERCICIO FAVORITO DE ANITA PAGE, QUE LO PRACTICA TODOS LOS DIAS PARA CONSERVARSE BELLA



Wallace Ford, el joven actor de la M. G. M., en la intimidad del hogar, con su hijita Patricia



Buster Keaton enseña a sus hijos Bob y Joe, la mejor manera de rasgar pantalones

Lewis Stone habla de sí mismo

¿Cuál será la idea que el público se ha formado de mí, y cómo podría yo acercarme a ella? Indudablemente, me rodea de cierto halo de ilusión. Como quiera que sea, la ilusión existe, principalmente, en los ojos del espectador. Por lo menos, yo no puedo descubrir en mí nada que se preste a la ilusión. El mismo mundo no tiene ya ilusiones para mí, desde hace mucho tiempo. Es interesante y vale la pena, eso sí. Es divertido, mucho más todavía. Pero en cuanto a ilusión, eso se desvanece cuando uno llega a entender el mecanismo que hace mover las ruedas.

La ilusión es algo como las aventuras y la fascinación de los lugares remotos, lo cual es muy interesante para teido, alimento eficaz para la fantasía. Pero si usted las ha experimentado alguna vez, sabrá que las «aventuras» significan algo de que desea usted escapar tan pronto y tan a salvo como sea posible, y que «los misteriosos perfumes orientales», por ejemplo, no son exactamente atractivos al sentido occidental del olfato.

Sin vacilación, ofrecería yo a cualquiera mi parte de ambos. Y quien los haya probado, los pasará igualmente con gusto a cualquier otra persona.

Sin embargo, no menosprecio tales cosas. La imaginación es uno de los dones más hermosos de que el ser humano está dotado; pero asume diferentes formas en las distintas épocas de la vida. La juventud, tan segura de sí misma, se rie de las penas y alegrías pueriles de la in-

fancia. Poco a poco, la juventud alcanza la edad madura. Y entonces cambian las perspectivas.

En cuanto a mí respecta, la vida asume colores más sobrios. Mis aficiones se inclinan a las delicias contemplativas. Nada me hace gozar tanto como navegar apaciblemente en mi yate, sin rumbo definido. Sencillamente navegar, mirando el juego de las luces sobre el mar, la actividad de los diferentes puertos y caletas. Hablar con gente que ha vivido plenamente en diversas etapas de la vida, no sólo con personas de mi edad, sino también con los jóvenes. Todos los puntos de vista son interesantes, con tal que sean sinceros.

Esto, unido a mi labor en los estudios y mis obligaciones a fuer de oficial del Cuerpo de Reserva del Ejército, completa la órbita usual de mis actividades. Me pregunto hasta qué punto se acerca esta descripción a la idea que se tiene de mí. Si no me engaño, cada cual se habrá forjado un personaje distinto.

Sin embargo, con tal que agrade mi trabajo, estaremos todos satisfechos. Por más que sea yo diferente de lo que se imaginen, ello no significa mucho. Si un muro tiene buen aspecto y está edificado sólidamente, no se puede pedir más al albañil. Y no hay diferencia fundamental entre su trabajo y el mío. Por lo menos, yo no la descubro, salvo que nunca me veo frente a frente con el público.

LEWIS STONE

Wallace Beery, el hombre de las paradojas por Carmen de Pinillos



Es un aviador osado, pero le asustan los «gliders».

Amaestraba elefantes en un circo, y le asustan los gatos.

He aquí un par de las muchas paradojas del carácter de Wallace Beery.

Cuando representa un rol intenso, le gusta hacer payasadas entre escena y escena. Antes de comenzar una escena dramática, hace mil travesuras y cuenta innumerables chistes, y luego representa la intensamente dramática o emocional escena, como si su vida estuviera plagada de horrendos acontecimientos. Y cuando se trata de una comedia, se pone muy serio en los intervalos.

No hay términos medios para él. O bien está alegre como un chiquillo, o le ataca una murria tremenda.

Wallace Beery tiene aficiones completamente masculinas. Le gusta la caza, la pesca, la aviación y tomar películas con una cámara pequeña. Detesta la sociedad, vestirse de etiqueta. En raras ocasiones, cuando su mujer logra inducirle a que la acompañe a alguna tertulia de etiqueta, a algún estreno o a algún hotel elegante, protesta con todas sus fuerzas y se presenta al día si-

guiente, en el Estudio, vistiendo un par de «overalls» de aviador, como si quisiera disipar el recuerdo de la aborrecida camisa de pechera tiesa.

Detesta admitir que tiene algún talento especial. Por ejemplo, toca muy bien el piano, habiéndolo aprendido en los días en que bailaba y cantaba en zarzuelas; pero por nada quiere tocar en público ni siquiera reconocer que podía hacerlo. En unos de sus roles tenía que tocar el piano, y él se excusaba, sorprendiendo luego a todos cuando el director, que conocía muy bien sus habilidades, lo llamó al orden.

Se encanta con ir «de campamento», por que entonces no necesita cuidar de su indumentaria. Hablando de los elegantes millonarios que frecuentan los hoteles, decía Beery encogiéndose de hombros:

«¿De qué sirve ser millonario si no tiene uno el derecho de andar de trapillo?»

En los Estudios de la Metro Goldwyn Mayer, Wally es amigo de todo el mundo.

Durante varias semanas estuvo haciendo experimentos en un nuevo método de ahumar la carne de venado, comiéndose religiosamente su ra-

ción y dándose por ofendido cuando sus amigos rehusaban a seguir su ejemplo.

Se encanta con volar en su aeroplano hasta el lago June, pescar una sarta de truchas y regresar a tiempo para la cena. (¡Cerca de mil doscientos kilómetros por un plato de pescado!).

Adora el teatro y no pierde ninguna nueva función. Se mete en los cines, cuando no está trabajando, y mira la película desde una de las últimas filas. A veces le reconocen y le abruman con pedidos de su autógrafo, a lo cual nunca se niega, especialmente si se lo piden los muchachos.

Todavía cree que su rol de «Ricardo, corazón de León», ha sido el mejor de su carrera, a pesar de sus triunfos recientes.

—Es, en suma, un hombre poco ostentoso, tanto en sus gestos como en su filosofía de la vida.

—Sólo aspiro a vivir de tal manera—dice—, que la gente me considere un buen chico.

Y después de todo, ¿quién podría aspirar a cosa mejor?



lápiz permanente

el lápiz perfecto, **MILADY** preferido de nuestras elegantes.

La belleza del rostro aumenta siempre con ayuda de un retoque en los labios. Este detalle, que preocupa tanto a la mujer moderna, queda resuelto con el lápiz PERMANENTE MILADY, de largo y profundo estudio científico. Es tal su persistencia que una sencilla aplicación al día resulta suficiente. Misma eficacia en morenas que rubias.

Pídase en perfumerías (tonos claro, mediano y oscuro).
Envasado en elegante estuche, Ptas 3.-

Laboratorios
A. PUIG
Valencia, 293
Barcelona

